

JACQUELYN MITCHARD

EN LO PROFUNDO DEL OCÉANO

CÍRCULO DE LECTORES

Annotation

Beth Cappadora viaja con sus hijos a Chicago para asistir a la fiesta del decimoquinto aniversario de su graduaci3n. Al llegar al hotel de reuni3n, Beth pide a Vincent, el hermano mayor, que vigile al pequeño Ben mientras ella va a inscribirse en recepci3n, pero, cuando vuelve a buscarlos, Ben ha desaparecido. 'Lo más probable es que est3 dormido en un armario', sugieren sus viejos compañeros de instituto para animarla, pero pasan las horas y Beth pierde la esperanza de que se trate de una simple travesura infantil. La policía lo deja bien claro al llegar al hotel: a falta de pruebas, la desaparici3n del niño de tres años se considera un caso de secuestro. Sea como sea, los peores presagios que pueden atormentar la mente de una madre se han hecho realidad.

La trágica desaparici3n de Ben sume a Beth en una angustia difícilmente soportable, en la que al dolor de la ausencia se une un abrumador sentimiento de culpabilidad y la necesidad de, pese a todo, seguir adelante. Diez años despu3s, con Vincent convertido en un joven delincuente, nuevas pistas sobre el paradero de Ben dan un vuelco inesperado a la historia..., pero lo que podría creerse el final feliz de un desgraciado suceso da paso al conmovedor relato de la recuperaci3n del amor y la confianza de alguien que, tras una d3cada, es ya una persona distinta.

JACQUELYN MITCHARD

En lo profundo del océano

Traducción de Cristina Pina

Ediciones B, S. A

Sinopsis

Beth Cappadora viaja con sus hijos a Chicago para asistir a la fiesta del decimoquinto aniversario de su graduación. Al llegar al hotel de reunión, Beth pide a Vincent, el hermano mayor, que vigile al pequeño Ben mientras ella va a inscribirse en recepción, pero, cuando vuelve a buscarlos, Ben ha desaparecido. 'Lo más probable es que esté dormido en un armario', sugieren sus viejos compañeros de instituto para animarla, pero pasan las horas y Beth pierde la esperanza de que se trate de una simple travesura infantil. La policía lo deja bien claro al llegar al hotel: a falta de pruebas, la desaparición del niño de tres años se considera un caso de secuestro. Sea como sea, los peores presagios que pueden atormentar la mente de una madre se han hecho realidad.

La trágica desaparición de Ben sume a Beth en una angustia difícilmente soportable, en la que al dolor de la ausencia se une un abrumador sentimiento de culpabilidad y la necesidad de, pese a todo, seguir adelante. Diez años después, con Vincent convertido en un joven delincuente, nuevas pistas sobre el paradero de Ben dan un vuelco inesperado a la historia..., pero lo que podría creerse el final feliz de un desgraciado suceso da paso al conmovedor relato de la recuperación del amor y la confianza de alguien que, tras una década, es ya una persona distinta.

Título Original: *The Deep End of the Ocean*

Traductor: Pina, Cristina

Autor: Mitchard, Jacquelyn

©1998, Ediciones B, S. A

ISBN: 9788422680185

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 20/01/2019

Jacquelyn Mitchard

En lo profundo del océano

TÍTULO de la edición original: *The Deep End of the Ocean*

Traducción del inglés: Cristina Pina,

© Jacquelyn Mitchard, 1996

© Ediciones B, S. A., 1999

Depósito legal: B. 2604-1999

ISBN 84-226-8018-1

N.º 29124

Para los dos Dan, y para mis padres

AGRADECIMIENTOS

AUNQUE por lo general en la cubierta aparece un solo nombre, todo libro resulta de un esfuerzo en colaboración. En el caso de la presente novela esto es una verdad como un templo.

Sin el apoyo y el aliento de los ángeles de la guarda de mi vida, aún sería lo que fue durante dos años: cuatro páginas en un disquete olvidado en el fondo de un cajón. Por sacarlo de este encierro, ante todo debo dar las gracias a las dos Jane: mi amiga Jane Hamilton y mí amiga y agente Jane Gelfman; a la primera por decirme que podía hacerlo, a la segunda por recomendarme que lo hiciera.

También quiero expresar mi más profunda gratitud y cariño a la Fundación Ragdale de Lake Forest, Illinois, donde se escribió buena parte de este libro en 1994 y 1995, en especial a Annie Adams y Sylvia Brown. Por compartir su experiencia y conocimientos, quiero agradecer a los oficiales de policía Nancy Robin— son, Mary Otterson y Ralph Gehrke; a los médicos especialistas Marilyn Chohaney y Tom O'Connor; a David Collins, de la Fundación Matthew Collins de Niños Desaparecidos; a los abogados Michele La Vigne y Raye Schultz, y, por su especial valor, a mis entrenadores de baloncesto, Rick, Mike y T. Por su asombrosa fe en mí, expreso mi gratitud a Barbara Grossman y Pam Dorman.

Por su resistencia y generosidad, Hannah Rosenthal y Rick Phelps, Jean Marie y Christian Kammer, Georgia Blanchíeld y John Wiley, Steve Schumacher y Victoria Vollrath, Franny van Nevel y el resto de mi grupo de Madison merecen una medalla de honor, al igual que mis amigas de hace mucho tiempo, en especial mi querida Joanne Weintraub, y

también Bridget Flanner Forsythe, Deborah Tose ano, Anne D. LeClaire y Kobena Eyi Acquah.

Con el mayor énfasis, agradezco a mi familia su tolerancia al compartir mi corazón y mi mente durante tanto tiempo.

A mi hijo Robert, que es mi mano derecha y a veces también la izquierda, a mi adorado hijo, Daniel, y a mi hijo Martin, el pequeño Hemingway que le dio título a este libro, y también a esa hermosa mujer que es mi hija Jocelyn, y a la hija de mi corazón, Christin, los bendigo por mantener el rumbo. Cuando prometí que esto era tanto para vosotros como para mí, Jo decía con sinceridad, y os quiero más de lo que nadie puede imaginar.

Madison, Wisconsin

3 de junio de 1995

El dolor llena la habitación de mi hijo ausente, se acuesta en su cama, camina a mi lado de arriba abajo, se cubre con su hermoso rostro, repite sus palabras, me recuerda todos sus bellos rasgos, llena sus ropas vacías con la forma de su cuerpo. Tengo, entonces, motivo para que me guste el dolor. Os digo adiós. Si tuvierais una pérdida como la mía, podría daros mejor consuelo que el que me dais.

WILLIAM SHAKESPEARE,
El rey Juan, acto III, escena IV

PRÓLOGO

Noviembre de 1995

EN TOTAL, habían transcurrido diez años, sí, diez años largos, desde la cálida mañana de agosto en que Beth guardó el sobre lleno de fotos en el cajón hasta la fría tarde de otoño en que las sacó y las fue colocando una por una sobre el escritorio.

Diez años y muchos cambios, en realidad. En el verano que acababa de pasar se había cumplido un año desde que Beth supo lo que le había ocurrido a su hijo Ben. Y si contaba todo el espectáculo que como una espiral se había desarrollado después, en realidad eran casi once. Sólo unas semanas antes, en octubre, un artículo titulado «Ben: un epílogo» había aparecido en la primera página del *USA Today*: un tardío relato «un año después» basado en un par de citas rancias de las pocas personas que todavía hablaban con la prensa. Pero no fue el artículo lo que le recordó las fotos a Beth.

Sencillamente se había despertado una mañana sabiendo que las miraría.

Ese día llovía, una pertinaz llovizna gélida de noviembre. Durante años, la lluvia había aterrorizado a Beth, que en esos casos se refugiaba en las labores cotidianas de la casa. Pero ese día, ni siquiera la lluvia iba a disuadirla. Si algo caracterizaba su estado de ánimo era la prisa, como si mirar las fotos fuera poner punto final a una frase que se había extendido una página entera.

Beth extrajo las fotos, apenas dieciséis; un carrito pequeño pues en aquel momento Pat tenía una ridícula Instamatic que avergonzaba a Beth. Las colocó boca abajo, como una anciana que hiciese un solitario junto a la ventana.

Y entonces cerró los ojos y tocó una.

No vibró, no estaba electrizada. Todo lo que sentía era papel Kodak, como una pluma cubierta de polvo. Nada místico. Beth contuvo el aliento, aliviada. Tantos años... La solapa continuaba pegada al sobre, como labios de papel cerrados, con la fecha anotada en tinta corrida: una asombrosa profecía. Tres de junio y el año. Tres de junio, un sábado, porque Pat había dejado el carrete en el pequeño laboratorio fotográfico del centro comercial el día que ella se marchó a la reunión. Cuando se acordó de recogerlas, al final de ese primer verano casi borrado, Pat entró sollozando en la casa y se las dio a Beth, como si esperara que ella lo abrazara y lo consolara por haberse atrevido a afrontar las pruebas.

Ella se limitó a tomar el sobre de las fotos con firmeza y llevarlo a su escritorio. Entonces le pareció importante — nunca había sabido con exactitud por qué— saber siempre dónde estaban las fotos, al margen de lo incómodo que esto resultase a veces. Por ejemplo, en ocasiones Beth entreveía el sobre cuándo abría el cajón del escritorio para buscar los recortes de diario o el sello con su dirección. Lo hacía de prisa, como muchos años antes aceleraba la marcha cuando pasaba delante de la reproducción de Saturno devorando a un hijo de Goya, que su abuela Kerry tenía en la pared del rellano de la escalera. Sentía la misma sensación de ahogo cuando cerraba el cajón que cuando dejaba a sus espaldas esa imagen abominable.

Sin embargo, había veces que veía el sobre, y en una o dos ocasiones llegó a tocarlo con los dedos. Y cuando estaban haciendo las maletas para mudarse a Chicago, Beth se había dirigido deliberadamente al cajón, como si en realidad se propusiera sacar las fotos y mirarlas.

Pero no lo había hecho. Era demasiado pronto. Demasiado pronto para mirar, demasiado pronto para tirarlas.

Habían quedado otras cosas de Ben, y Beth, poco a poco, había reunido el valor para regalarlas o guardarlas en

un altillo. En dÃ­as de lluvia, dÃ­as sofocantes, incluso habÃ­a roto algunos de esos objetos: una cajita de mÃºsica, un marco de cerÃ¡mica decorado con cubos infantiles...

Nunca pensÃ³ en la posibilidad de romper tambiÃ©n las fotos. DespuÃ©s de todo, Beth era fotÃ³grafa; las fotos eran talismanes para ella, pero tambiÃ©n habÃ­a sentido que llegarÃ­a el momento en que esas imÃ¡genes se convertirÃ­an en un tesoro para ella, en especial la Ãºltima del carrete, la instantÃ¡nea del porche. QuizÃ¡s el simple paso del tiempo, la religiÃ³n o la resignaciÃ³n la convertirÃ­an en un placer agridulce: el recuerdo de la Ãºltima vez que vio a Ben; o mejor dicho de la Ãºltima vez que lo vio cÃ³mo era: su radiante hijo sin problemas, con quien nunca soÃ±aba, a pesar de que muchas veces lo invocaba llorando, pensando que por lo menos no tenÃ­a por quÃ© temerle cuando dormÃ­a. Y asÃ­, algÃºn dÃ­a, tal vez cuando ya estuviera a las puertas de la muerte y se sintiera segura de que el olvido absoluto era su perspectiva inmediata, cuando tuviera la certeza de que no iba a arrastrarse mÃ¡s por la vida, tal vez quisiera mirar esas fotos a menudo, quizÃ¡ todos los dÃ­as.

De manera que necesitaba tenerlas a mano. Si no, las perderÃ­a, eso lo tenÃ­a claro, sobre todo tras regresar a casa semanas despuÃ©s de la reuniÃ³n, y advertir que habÃ­a comenzado a perder las cosas con admirable facilidad: las llaves, las cuentas y los billetes se le escabullÃ­an de las manos como si tuvieran vida propia. Beth se quedaba paralizada en la cocina, mientras abrÃ­a la bolsa del mercado o doblaba la ropa lavada, incapaz de recordar dÃ³nde iban los cereales y dÃ³nde las sÃ¡banas. AprendiÃ³ a considerarlo una molestia crÃ³nica, igual que la cojera que queda como secuela de un accidente.

SÃ³lo cuando reflexionÃ³ sobre el avance de ese deterioro se percatÃ³ de que era fruto de una elecciÃ³n intencionada, no una niebla temporal que se disiparÃ­a cuando se sintiera capaz de ver las cosas con claridad. El deterioro era su rutina. AprendiÃ³ a sumirse en papeles de la escuela o en

los pimientos rellenos cuando afloraba el primer indicio de un recuerdo de Ben o de aquel dÃ­a.

Beth sabÃ­a que ni se animarÃ­a bajo el peso de esos pensamientos ni se curarÃ­a si no los evocaba. De manera que eligiÃ³, asÃ­ lo veÃ­a con la perspectiva del tiempo, no curarse. DecidiÃ³ vivir bajo un glaciar, caminando con cautela y evitando que se le viniera encima un alud.

Beth habÃ­a intentado sin Ã©xito explicar a su marido, Pat, en quÃ© consistÃ­a la avalancha y la necesidad de conjurarla.

Se habÃ­a sentido como una tonta al hablarle de personas que padecÃ­an el sÃ­ndrome de Korsakov, una enfermedad que fragmentaba su memoria en momentos aislados. Estos pacientes, en su mayorÃ­a alcohÃ³licos, podÃ­an entrevistarse con un mÃ©dico, un asistente social, y hablar con singular sensatez durante un buen rato sobre el tiempo, su salud o los titulares de un periÃ³dico abierto sobre el escritorio. Pero si el mÃ©dico o el asistente social salÃ­an de la habitaciÃ³n, aunque fuera por un minuto, las vÃ­ctimas del sÃ­ndrome de Korsakov no se acordaban de ellos, y las presentaciones tenÃ­an que hacerse de nuevo.

Beth le decÃ­a a su marido que asÃ­ era exactamente cÃ³mo se sentÃ­a, o, en realidad, como ansiaba sentirse. Era una mujer que en lo fundamental funcionaba, que le parecÃ­a normal a cualquiera que no descubriese la llave que le daba cuerda. Pero Pat, que la habÃ­a visto convertirse en una esposa robot, consideraba que su dolor era irracional. Pat sentÃ­a dolor por Ben como lo sentirÃ­a cualquier persona normal, como si hubiera perdido a su hijito por un cÃ¡ncer o por un despiadado brote de alguna enfermedad olvidada, como la polio o la difteria. A medida que transcurrÃ­a el tiempo, Pat pasaba por «estadios» de dolor, casi como lo describÃ­an los folletos del CÃ­rculo de la CompasiÃ³n.

Beth no era capaz de hacer lo mismo. Le parecÃ­a un proceso tan imposible como conseguir que el cabello lacio le creciera rizado si se lo cortaba hasta la raÃ­z.

Intentaba explicarle a Pat que lo que sentía respecto a Ben se parecía tanto a esa clase de dolor como un biplano a una libélula.

Beth conocía el dolor. Cuando tenía dieciocho años, su madre había muerto a consecuencia de una compleja serie de fallos orgánicos y una sucesión de desgracias que comenzaron con un quiste renal y la precipitaron a la muerte a una velocidad absurda, lo que terminó el día en que la trasladaron a su casa en ambulancia después del desayuno, sólo para llevársela de nuevo en camilla después de cenar. Había sido horrible, un choque de trenes, una invasión brutal en la vida de Beth.

Pero no era culpa suya.

Beth no había causado que la excrecencia se desarrollara en el riñón de su madre. Nada que hubiera olvidado hacer o decir se había desprendido de ella como un contagio para alojarse en el cuerpo de su madre.

Perder a su madre había supuesto una agonía, que aunque terrible era común y corriente, no un viaje al borde del abismo. Si se atreviera a comprender lo que de verdad sentía respecto a la pérdida de Ben —bajo el manto de estupidez, la sensación de carencia y la conciencia de que todo lo que importa en la vida se decide de modo irrevocable en segundos—, Beth sabía que algo le ocurriría. Y era eso lo que temía: lo que vendría después del dolor, la cicatrización de una mente de la que todavía se esperaba que diera órdenes e hiciese planes.

Había tenido pocas ocasiones de probarlo, mínimos deslizamientos de rocas que la habían sorprendido distraída y la habían arrojado de una habitación a la otra, encorvada, con el pánico rugiendo sobre sus añoranzas. Imágenes de Ben en un armario, en una tumba. El retortijón en las entrañas cuando el nombre de su hijo le venía a la mente. Su nombre, Ben, como un único tañido de campana.

Y entonces, a menos que alguien persuasivo como Ellen o Candy se encontrase cerca para hacerla entrar en

razón, Beth, febril, comenzaba a reescribir el resto de ese día, a ordenar las entradas y salidas, a repasar toda la argumentación, a improvisar de nuevo la conversación como una guionista que llenase los bocadillos de diálogo que salían de la boca de la gente. Constantemente la amenazaban rugidos siniestros, movimientos glaciales. Beth se afanaba más aún, incapaz de resistirse a imaginar una súplica que le devolviera diez minutos, tal vez cuatro, lo suficiente para regresar al carrito del equipaje, donde se hallaba Vincent, quejándose inquieto, y llevarse a Ben a la recepción del hotel. Incluso estaba dispuesta a revivir los momentos de pánico como una penitencia, a condición de que se le permitiese rebobinar la cinta para ver a Ben caminando hacia atrás, hacia ella, desde el quiosco de revistas o la puerta giratoria, o desde cualquier lugar al que hubiera ido antes: las teorías variaban. Verlo andar hacia atrás, de regreso a sus brazos, sentir el latido de su barriguita redonda en sus manos, su corazón acelerado como cuando tenía miedo o se sobresaltaba; golpeaba con tanta fuerza que ella casi sentía su forma, como el correccaminos de los dibujos animados después de burlar al coyote. Ben olía a gaseosa y a colonia para bebés y si tenía calor desprendía un aroma poco penetrante, como el del manillar de goma de la bicicleta, porque era demasiado pequeño para tener verdaderas hormonas. Se imaginaba propinándole unos azotes; reconocía que lo habría hecho, y durante esos deslizamientos de rocas sólo una vez sintió contra la mano sus ásperos y gastados vaqueros cortos, sus favoritos; su culito respingón tan firme que parecía que acabarían de inyectarle agua bajo la piel.

Sentir a Ben. Ben a salvo.

Esa sensación palpable de presencia que se imponía a empujones a la realidad de la ausencia, como el calor al frío, era lo que de verdad amenazaba con destruirlo todo. Entonces Beth tenía que esforzarse por reprimir la sensación.